

La Pasión según Toro

Fernando Sánchez Alonso

Pese a todo, sigue perviviendo aquel barroquismo lento y fúnebre de los tiempos antiguos que incluso se repetía en las nubes, espesas, airadas, grises de lejanas tormentas tridentinas, a punto de descargar una lluvia ácida de historia y penitencia sobre las cabezas enlutadas de las mujeres que entonaban sin cesar una melopea de dolor y culpa: «Perdoona a tu pueeeblo, Señoor, perdoona a tu pueeeblo, perdónale Señoor...»

Yo era un niño con las manos hundidas en los bolsillos. Y aunque a mis nueve años me creía ya muy valiente porque me había subido a la higuera minuciosa y centenaria del pueblo, en aquellas tardes de marzo o abril no me atrevía a separarme demasiado de mis padres. Porque en un abrir y cerrar de ojos el mundo se te convertía en una expresión de congoja y miedo.

Para empezar, mi madre me arrancaba sin pámemas ni contemplaciones del partido de fútbol con los otros chicos para asistir a la proce-sión. «Bueno, me voy, que Dios se ha muerto», me disculpaba yo mientras ella seguía desde el córner gesticulando y amenazándome con un pescozón si no me apresuraba, vamos, vamos, ya tendréis tiempo de tirar el dichoso penalti mañana, que llegamos tarde.

Solidarizándose en la decepción, los otros niños se encogían de hombros y así terminaban las semifinales del campeonato del mundo que nosotros celebrábamos en un pequeño pueblo que entonces ni siquiera figuraba en los mapas. Las madres de los otros chicos tampoco tardarían mucho en llegar con las

mismas. Luego, ya en casa, había que lavarse rápidamente, lustrarse los zapatos, ponerse la ropa de los domingos, correr a la iglesia.

La Semana Santa en aquel pueblo de Zamora, al que íbamos en vacaciones, es uno de los recuerdos más nítidos de mi niñez. Por encima de mí, año tras año, siempre estaban las mismas nubes bajas y oscuras que yo miraba con igual aprensión que los cuadros del Greco en la enciclopedia de historia del arte que había en nuestro domicilio de Madrid.

Y debajo de las nubes, siempre el manto negro-grísimo de la Dolorosa, que oscilaba con un aleteo de murciélago loco encima de las andas procesionales; el resplandor de velas y palmatorias; las sombras que huían o se agitaban en las paredes de adobe y tapial de las casas, densas como el olor a incienso, y aquel Cristo que me vigilaba con aquellos ojos vivos entre los párpados de madera muerta, la frente sucia de cuajarones de sangre y los brazos abiertos en la cruz, que se tambaleaba al descender por la cuesta de tierra vieja del pueblo.

En todo el trayecto procesional no se oía una mosca. Había hombres que manoseaban la boina y se persignaban cuando el Cristo pasaba a su lado. Otros asomaban fugazmente las caras terrosas y berroqueñas por encima del hombro de los demás. Algunos daban una calada honda al cigarrillo de picadura, y el brillo de la brasa les fulguraba breve y astuto en los ojos. El pueblo era una mortaja de silencio en medio de un monólogo de polvo y matracas, un arrastrar de pies lentos y compungidos, y aquella cantilena lastimera y doliente: «Per-

doona a tu pueeeblo, Señooor, perdoona a tu pueeeblo, perdónale Señooor...»

En aquellos años todos los comercios y bares cerraban a cal y canto. Urbi et orbi se imponía el deber de la contrición, de las sombras y las lágrimas, hasta el punto de que, cuando el Cristo y la Virgen regresaban de nuevo a la iglesia, ya era noche cerrada, aunque todavía no se hubiera puesto el sol.

Y siempre era así.

Hoy, más de treinta años después de estos recuerdos, los hábitos han cambiado, sin embargo. Y, dicho sea sin *animus jodiendi*, poco o nada sobrevive de aquella religiosidad sencilla y tal vez incluso sincera. Sin ir más lejos, yo he visto en dos o tres de las ciudades de más afamada tradición semanasertera de nuestro país a cofrades comer pipas con ahínco o conversar por el teléfono móvil aprovechando un descanso del paso. Por no hablar de los her-

manos que andan más atentos a las cámaras de televisión o a descubrir a algún conocido entre los asistentes a la procesión que a otra cosa.

Con todo, perviven lugares en los que aún es posible recuperar algo parecido a lo que perdí en la infancia. Ese lugar se llama Toro, donde en la Semana Santa de 2014 acompañé en las procesiones a la mayoría de sus cofradías: asociación del Santo Sepulcro y la Soledad, cofradía de Jesús Nazareno y Ánimas de la Campanilla, real cofradía del Santísimo Cristo del Amparo y asociación de las Damas de la Soledad.

Y fue sumamente gratificante, porque la particular forma de modular la pasión en Toro constituye, para mí y por encima de cualquier otra consideración, un gozo estético en que se aúnan tradición y silencio, lo único que nos queda a los que ya no podemos ni queremos creer en otra cosa más que en el barroquismo lento y fúnebre de la Semana Santa de los tiempos antiguos.

© Fernando Sánchez Alonso
www.fernandosanchezalonso.com